

qué pensaban ni por qué sufrían. Y él ¿qué hizo?, ¿qué deja? Apenas unos pocos muebles y un ajuar bastante pobre. Y esto poco habrá que venderlo en subasta pública para poder hacer frente a los muchos meses de renta que se le

deben al casero y a sus muchas deudas. Hasta a la pobre María, que siempre ha estado allí, y que es quien más lo cuida cuando está postrado en cama, llevándole tisanas y ungüentos y animándole para que vuelva a entrar en su taller, le debe su jornal desde hace ya tiempo. Espera que los casi doscientos cuadros que tiene en su taller puedan venderse y obtener así un dinero, aunque piensa que no, porque están sin terminar y así se quedarán; sus manos ya no sirven más que para aplicar algunas torpes, temblorosas y desesperadas veladuras en su retablo de muerte. Se acuerda de cuando su amigo sevillano Francisco Pacheco lo fue a visitar a su taller y le dijo que era un extraño, un extraño en Toledo.

De modo que no, concluye. Tampoco de mí se acordarán. Un pintor de segunda, incapaz en todos estos años de

abrirse paso en la Corte, mal visto por todos al no haber pertenecido nunca a capilla o cofradía alguna y que acaba sus días en la ruina, acosado por acreedores, con un hijo al que siempre debió llamar sobrino y con algunos, pocos amigos que más que amigos fueron clientes y algunos allegados que debieron soportar, pacientes, sus extravagancias, sus derroches y su tozudez.

Al pasar por delante de la iglesia de Santo Tomé, el hijo detiene sus pasos y ambos se quedan mirando el pequeño pórtico, tras cuyos muros los contemplan los asistentes a un entierro que es en realidad nacimiento. También él asistió a ese alumbramiento. Pero nadie encargará representar el suyo dentro de unos días, tal vez mañana, o el mes que viene, cuando Dios quiera. Mejor así, piensa, apretando el brazo de su hijo para retomar el camino a casa, en cuyo taller abandonado numerosos fantasmas nacidos de su mente le susurran cada noche que no tema, que nunca estará solo, que todos ellos lo acompañarán allá donde quiera que uno nazca para siempre jamás.

Los secretos del Greco

POR GREGORIO MARAÑÓN



Hay un reconocimiento generalizado del carácter extraordinario que ha tenido el IV Centenario del Greco, y de la trascendencia social y económica de este excepcional acontecimiento cultural en la ciudad de Toledo. ¿Cuáles son los secretos que han hecho esto posible?

En primer lugar, la antelación con la que se ha organizado la Conmemoración, de espaldas a cualquier improvisación. En junio de 2009, en la entrega de premios de la Real Fundación de Toledo, en presencia del Rey, solicité a la Junta y al Ministerio de Cultura que asumieran y apoyaran la organización del IV Centenario.

Ese mismo día José María Barreda me propuso que encabezara este proyecto. Tuve que rechazarlo por la atención que requerían mis otras responsabilidades empresariales y culturales. Lo cierto es que el presidente de la Junta no cejó en su empeño hasta que, finalmente, en mayo de 2010, asumí la presidencia de la Fundación El Greco 2014 no sin antes dejar la de la Real Fundación de Toledo.

En el acto de constitución celebrado en la Sacristía de la Catedral, terminé con estas palabras: «Con la ayuda de todos, y entre todos, vamos a hacer realidad lo que hoy es sólo un apasionante sueño... Para lograrlo nos ponemos a trabajar desde ahora mismo, pues nuestra principal dificultad es el reloj del tiempo. Quedan sólo 1.328 días hasta el 1 de enero de 2014».

La segunda clave ha sido el consenso político, aunque en realidad éste antecedió a mi aceptación. Considero indispensable que la gestión de los principales proyectos e instituciones culturales del Estado cuente con el apoyo de los diferentes partidos políticos, con el fin de que sea profesional, independiente y estable. José María Barreda y María Dolores de Cospedal asumieron ambos ejemplarmente este planteamiento, y luego la Presidenta lo ha honrado con su apoyo a la Fundación.

El tercer elemento que ha hecho posible el éxito obtenido, tan fundamental como los otros dos, ha sido la formación de un magnífico equipo profesional, dedicado en cuerpo y alma, sin límite de horarios, a la búsqueda de la excelencia, y unido por un mismo entusiasmo. Han sido nueve las personas que lo han integrado, al margen de las ne-

cesarias contrataciones externas del año 2014.

El cuarto secreto del buen funcionamiento del año del Greco radica en el apoyo de la sociedad civil. Tratándose de un proyecto público es natural que la Junta y el Ministerio hayan sostenido los trabajos previos al 2014, pero en este año el Programa de la Conmemoración se ha financiado casi íntegramente con el patrocinio privado y los ingresos de las actividades propias de la Fundación.

Este fenómeno, que no tiene comparación con ningún otro acontecimiento público celebrado en España, ha tenido la sola excepción del empresariado toledano, que solamente ha contribuido con el 0,20% del presupuesto de la Conmemoración, a diferencia del empresariado regional —con Globalcaja destacadamente al frente—, el empresariado nacional y el multinacional, que se han comprometido generosa y seriamente con el proyecto.

No deseo formular un reproche por la falta de unas aportaciones que finalmente no hemos necesitado, sino compartir una reflexión de futuro. Toledo tras El Greco de-

bería plantearse ser una ciudad de vanguardia, y para ello precisa también contar con una

sociedad civil que esté a la altura de su historia.

Por último, el propósito inicial de hacer de Toledo en 2014 una capital cultural europea ha contado con la decisiva ayuda de los dos principales protagonistas del año: los ciudadanos de Toledo, que desde que acudieron al repique de campanas del primer acto han hecho de la Conmemoración un proyecto propio, y el Greco. La vigencia de su modernidad y la sombra, tan enigmática como benéfica, de su enjuta figura han convocado a propios y extraños con la fuerza arrebatadora de la genialidad.

Por todo ello, como dice la última palabra de El Quijote, ha llegado el momento de decir: «Vale».



FUNDACIÓN EL GRECO 2014

De abajo arriba, exposición «El griego de Toledo»; su comisario, Fernando Marías, junto a Leticia Ruiz, su homóloga en «El Greco: arte y oficio», las dos grandes muestras del Centenario; montaje de la segunda y Rafael Alonso, uno de los mejores restauradores del Greco